1

Rafael se acercó una vez más a la ventana de la cocina. Se inclinó sobre el fregadero y se aproximó a la ventana para abrir la cortina, como si pudiera lograr con sus pensamientos que Cristina le hiciera juegos de luces desde la distancia para indicar su regreso. Todo estaba oscuro, con excepción de la pequeña luz de la calle al final de la cuadra. Su esposa no había respondido en la oficina ni en el celular. ¿Debería llamar a la policía? Por su garganta subió una mezcla de preocupación, de ira y de miedo. Quizá su esposa estaba en problemas.

Él había jugado con los niños y luego les había dado la cena, suponiendo que ella se demoraba en el trabajo. Luego bañó a los dos pequeños, les leyó algunas páginas de un libro y los abrigó en la cama. Pero Cristina no llegaba. Comenzó a ponerse nervioso. Se entretuvo mirando una comedia en la televisión y se armó de ánimo para lavar la vajilla, especialmente para quedarse cerca de la ventana. Pasaron tres horas. Rafael no sabía qué hacer. No era la primera vez que su esposa, una profesional que se negaba a ser controlada por nada ni por nadie, llegaba a casa mucho más tarde de lo que se esperaba. Sin embargo, nunca había demorado tanto. Pero si llamaba a la policía ella se pondría furiosa.

Rafael se dejó caer en el sofá, sin prestar mucha atención al piso de la sala que estaba sembrado de juguetes y de libros. Más bien pasaban por su mente imágenes de su esposa. Se hacía preguntas, se preocupaba, y peleaba con su desconfianza. *Había tenido demasiado trabajo . . . se había sentido molesta conmigo . . . sé que de vez en cuando sale después del trabajo para tomar algo . . . tiene trabajos que deben cumplirse en su fecha . . . y está con esos hombres atractivos, vestidos con trajes.* Se levantó del sofá, fue una vez más a mirar por la ventana y luego a cerciorarse cómo estaban los niños.

Javier tenía su mejilla aplastada contra la almohada y los labios entreabiertos. Su manito regordeta abierta con la palma hacia arriba le daba un aspecto vulnerable e inocente, como el de cualquier pequeño. Ana dormía boca abajo en la cuna, apoyada en las rodillas y con el traserito para arriba. Rafael se inclinó, apartó los rizos de la niñita y le besó la mejilla.

Mientras contemplaba a sus hijos dormidos, Rafael sintió un deseo más intenso de que Cristina regresara. A la hora de ir a dormir, el pequeño Javier había preguntado por su mamá y no se había consolado hasta que Rafael le había prometido que ella le daría un beso cuando llegara. Estos niños necesitaban a su madre. ¿Dónde estaba ella?

Cuando la camioneta de Cristina subió la rampa de entrada, en el reloj del microondas eran las 2 y 13 minutos de la madrugada. Las emociones de Rafael habían recorrido todo el abanico. Sentía una mezcla de alivio y de ira, pero tenía claro qué debía hacer. Debería enfrentar a su esposa y preguntarle dónde había estado hasta esa hora. La esperaría en la puerta y le exigiría una explicación. Ella estaba por abrir. Él había esperado esas horas y estaba decidido a hacerle frente y preguntarle sin rodeos qué estaba pasando.

La puerta se abrió suavemente. Rafael entró en pánico y quedó paralizado en el sillón. Escuchó que su esposa esquivaba al gato y pasaba en puntas de pie junto al sofá, mientras él simulaba estar dormido.

—Soy Julia. ¿En qué puedo ayudarlo?

Rafael sintió que se congelaba. Le había parecido que era una buena idea llamar al Instituto Nacional del Matrimonio, pero ahora no sabía qué decir.

—Ejem . . . —tartamudeó—, un . . . amigo . . . me dio su número y . . . y . . . y . . . me di . . . dijo que . . . que . . . debía llamar —tomó aire—. No sé qué hacer. Hace varios días, mi esposa se marchó con los niños y dice que quiere separarse de mí —la casa estaba desolada y vacía. Nada de risas, ni gritos de niños, ni dibujos animados en la televisión. Podía escuchar el temblor de su propia voz, pero de todos modos continuó—. Amo a mi esposa y a mis hijos, y no quiero perderlos. ¿Pueden ustedes ayudarnos?

—Eso espero —dijo Julia—. Pero antes, dígame qué pasaba en su matrimonio, para ayudarlo a decidir si nuestros programas son los que usted necesita, y si es así, cuál es el apropiado para usted.

Rafael se secó los ojos con la manga.

—Mi esposa dice que yo no tomo ninguna iniciativa en nuestra relación. No es que no la ame, la amo con todo mi corazón —se esforzaba por no llorar—. Temo que sea demasiado tarde. No estoy seguro de lo que debo hacer.

—¿Hay otros problemas concretos entre ustedes?

—Bueno . . . digamos que sí . . .

Rafael explicó que él no ganaba lo suficiente, y que si bien su esposa argumentaba que quería estar en la casa con los niños, volvía tarde por la noche. Por mucho que él se esforzara, el resentimiento de su esposa crecía cada vez más. Ella detestaba el hecho de que él siguiera trabajando en los clubes para niños, y le insistía que se capacitara en administración o avanzara en sus estudios.

—Pero me gusta mi puesto —le dijo a Julia—. El trabajo es estable, tengo horarios flexibles y sé manejar a los niños . . . discúlpeme por divagar.

—No, está bien —dijo Julia. Tenía una voz agradable y parecía paciente. Rafael comenzó a relajarse—. Es conveniente entender un poco lo que está ocurriendo en su relación. Da la impresión de que ambos se sienten desdichados e incomprendidos. Me parece que todavía no han llegado a la raíz del problema.

Era exactamente así como se sentía, pero la idea de llegar a la raíz del problema lo inquietaba. Es más, le resultaba aterradora. ¿*Qué* descubrirían en la raíz de su conflictivo matrimonio?

Julia le explicó que los consejeros con los que trabajaba, los doctores Greg Smalley y Bob Paul, eran especialistas en problemas matrimoniales y que día tras día ayudaban a las personas a llegar a la raíz de esta clase de problemas. Tomaban la precaución de que ambos se sintieran seguros antes de zambullirse en lo más profundo de sus dificultades. Luego le describió los programas disponibles y animó a Rafael a visitar el sitio Web del Instituto para conocer más detalles.

UNA CONVERSACIÓN CON LOS DOCTORES

No intentes resolverlo solo

Nos gustaría poner a un lado la historia de Rafael y Cristina y conversar un momento contigo. A lo largo de este libro, a medida que conozcas a estas parejas imaginarias y escuches las sesiones de consejería, interrumpiremos de vez en cuando con algunas palabras de aliento, de reto o de explicación. A estos breves "paréntesis con el lector" los llamaremos "Una conversación con los doctores", y estarán incluidos en secciones como ésta.

Lo primero que queremos decir es que nunca se esperaba que las personas debieran arreglárselas para construir relaciones extraordinarias sin la ayuda y el apoyo de otras. Si tu relación es buena y quieres que sea extraordinaria, si tienes frustraciones o dificultades que no sabes de qué manera

resolver, o si tu matrimonio es un desastre, no intentes resolverlo solo. Cuando estés lidiando con problemas en la relación, busca ayuda. Hay diferentes maneras de hacerlo. Puedes hablar con un amigo de confianza o con tu pastor, encontrarte en privado con un miembro de tu grupo de estudio bíblico o de discipulado, consultar a un consejero profesional, o asistir a un encuentro intensivo como el que describe este libro. A menudo cuesta dar el primer paso, así como le fue difícil a Rafael hacer esa llamada telefónica. ¡Pero tú y tu matrimonio lo valen!

Quizás estás leyendo este libro no porque tengas problemas matrimoniales, sino porque alguien a quien amas tiene conflictos. Si es así, te recomendamos que tengas compasión. Tenemos la confianza de que lo que aprenderás en estas páginas te capacitará para brindar un oído atento en caso que tu amigo o amiga decidan pedirte ayuda.

Cualquiera sea tu situación personal, te invitamos una vez más a participar con nosotros como la quinta pareja durante esta semana del encuentro intensivo en Branson. Nuestra esperanza y oración son que a medida que conozcas la vida de estas parejas imaginarias aprendas algo acerca de tu propia relación matrimonial y quizás hasta algo nuevo y estimulante acerca de ti mismo.

—Parece que un encuentro de ese tipo es el que necesitamos —le dijo Rafael a Julia, todavía nervioso con la perspectiva de descubrir la raíz de su problema—. Pero no estoy seguro de que Cristina quiera venir. ¿Podría usted hablar con ella?

Julia le dijo que, así como los médicos no pueden forzar a sus pacientes para que asistan a una consulta, por razones éticas tampoco el Instituto permite a su personal presionar a los pacientes. Tendrían que esperar hasta que Cristina estuviera interesada en comunicarse con ellos.

—Con gusto responderé a sus preguntas, inquietudes o dudas, en el caso de que esté dispuesta. ¿Le parece bien?

—¿Rafael . . . ?

Como si la hubiera llamado con sus pensamientos, de pronto Rafael oyó la voz de Cristina. Ella había entrado por la puerta trasera y él no lo había notado.

—Vine a buscar ropa para los niños, pero no me demoraré. Disculpa que te interrumpa.

—No hay problema. ¡Ejem! Estaba hablando con alguien que quizá pudiera ayudarnos. Ellos . . . ella quiere hablar contigo —le alcanzó el teléfono, esperando que ella lo recibiera. Con un gesto de escepticismo Cristina lo tomó. Rafael se escabulló hacia la galería y se sentó a esperar en los escalones de la entrada.

❂ ❂ ❂

—¿Hola? Soy Cristina.

Cristina escuchó mientras Julia le explicaba quién era y por qué había llamado Rafael. Impaciente, caminaba por la cocina mientras le daba a Julia la oportunidad de describir el programa de cuatro días del encuentro intensivo y de preguntarle si eso le interesaría como pareja.

—Le diré . . . , —comenzó Cristina con vacilación, mientras buscaba vasos en el armario—, para ser honesta, ni siquiera sé si quiero que este matrimonio funcione. Lo intenté durante demasiado tiempo. Estoy cansada de esperar que mi esposo cambie. No estoy segura de tener ganas de esforzarme para que funcione.

Julia le preguntó a Cristina si tenía miedo de darle a su matrimonio otra oportunidad.

—Sí, estoy desilusionada y ya no quiero probar otra vez. —Se dejó caer sobre un viejo banco en la cocina, se cruzó de piernas y movió nerviosamente el pie apoyando su cabeza contra la pared. Las puertas del armario necesitaban una limpieza, había migas y restos de comida bajo la mesa y marcas de barro en la puerta—. Lo que más deseo es ser feliz y que mis hijos sean felices, y no puedo imaginar que podamos lograrlo con Rafael incluido.

Julia admitió que cada persona tiene que abrirse camino en

estas situaciones y que no le correspondía a ella decirle a Cristina lo que necesitaba hacer o dejar de hacer con su vida o con su matrimonio. —Eso es algo entre usted y Dios. Esperamos que usted y Él puedan resolverlo. —Julia le aclaró que la meta del centro de consejería era acompañar a las parejas de una manera que resultara útil para cada persona.

—Es más, en realidad hacemos una sola pregunta a las parejas, con el propósito de definir si podemos o no acompañarlas —le dijo Julia.

—¿Sólo una pregunta? —preguntó Cristina. Mientras sostenía el teléfono entre el hombro y la oreja, Cristina tomó la escoba y comenzó a barrer el piso.

—Para estar seguros de que ya están listos para iniciar nuestro programa, deben responder a una sola pregunta: Si Dios quisiera hacer un milagro en su matrimonio, aunque tuviera la magnitud similar a la de separar las aguas del Mar Rojo, ¿estaría dispuesta a recibir ese milagro? En otras palabras, si Dios separara el mar ante sus ojos ¿estaría dispuesta a caminar a través de él? —Julia hizo una pausa y luego continuó—. No hace falta que usted crea que el milagro *podría* producirse, ni siquiera es necesario que lo desee. La única pregunta es: Si ocurriera, ¿lo aceptaría? Si la respuesta es sí, estamos dispuestos a acompañarlos a ambos para ver qué ocurre. Si la respuesta es no, le diríamos que ahorre su tiempo y su dinero.

Hubo una larga pausa. Cristina echó una mirada a Rafael, que estaba apoyado contra el marco de la puerta, mostrándose un poco ansioso.

—Mmm —fue lo primero que le salió—. No sé que pensar. Supongo que si Dios quiere hacer un milagro, yo estaría dispuesta a recibirlo.

❂ ❂ ❂

Rebeca Stuart no sabía muy bien de qué manera ella y su esposo habían llegado juntos. En un primer momento habían pensado

viajar por separado, pero luego ella lo pensó nuevamente y decidió que sería una buena idea pasar juntos algunas horas en la ruta para hablar un poco. Ella y Pablo habían estado separados durante un mes, y había sido imposible lograr algún grado de comunicación. Pero no fue mejor mientras viajaban.

—Ahí está el cartel, Pablo. Tenemos que ir por la autopista 65; tendrías que doblar aquí.

En cuanto encontraron el acceso correcto a Branson, sonó el teléfono de Pablo.

—Espero que no sea el hospital—dijo Rebeca. Habían transcurrido apenas cinco minutos desde que el joven médico y su esposa habían salido de la agencia de autos de alquiler en Springfield, y el hospital estaba llamando *otra vez*—. ¿No pueden dejarte tranquilo?

Pablo ignoró a su esposa y atendió la llamada. —Sí, Monty. Dime nuevamente cuáles son los síntomas, porque no pude escucharte —le lanzó a Rebeca una mirada de reproche.

Rebeca podía escuchar la voz de Monty en el teléfono, mientras describía los síntomas de la paciente. Dolor de cabeza, náuseas, malestares estomacales, hemorragia, hinchazón, presión elevada y proteínas en la orina. Ella sabía que los síntomas del síndrome Hellp eran graves. La situación requería la intervención inmediata de un ginecólogo. Rebeca advertía la frustración que sentía su esposo y sabía que se sentía culpable de abandonar el hospital cuando lo necesitaban. Frunciendo el ceño, él respondió: —Coincido con tu diagnóstico, Monty. Te conviene hacer . . .

—¡Pablo, lo prometiste! —Rebeca estaba furiosa—. Termina de hablar por teléfono. —Aunque era un cuadro grave, ella estaba segura de que el doctor Monty Burleson podía manejar la situación por su cuenta.

Pablo sacudió la cabeza con disgusto y le lanzó a su esposa una mirada que ya le era demasiado familiar. Una mirada que expresaba: *Basta de fastidiar, déjame tranquilo*.

—Te comprometiste con este encuentro intensivo, y ahora me

dices que no puedes dejar que por unos días los otros médicos tomen las decisiones —ella comenzó a sentir el conocido ataque de desesperación—. No puedo creer que yo realmente haya pensado que esto podía funcionar. —Impulsivamente, arrancó el cargador del teléfono donde había estado reponiendo la batería después de un día de intenso uso.

Habían viajado todo el día, haciendo escala entre el sur de California y Springfield. La tarea de dejar a sus dos hijas con los padres de Pablo, durante varios días, había sido agotadora para Rebeca, y ahora no le importaba quién estuviera al otro lado de la línea. Había esperado demasiado tiempo para que Pablo le prestara atención. Necesitaba que estuviera exclusivamente con ella, sólo esta vez. Esta decisión, al igual que el viaje, era una deuda pendiente; aunque quizá ya era demasiado tarde.

Pablo apenas perdió el ritmo de la conversación. Lamentablemente para Rebeca, el teléfono t enía suficiente batería como para seguir hablando.

—Monty, perdona la interrupción. Aguarda un segundo, por favor —cubrió el teléfono y aferró la muñeca de su esposa. Por la expresión en su rostro, ella sabía que su comportamiento lo había enfurecido—. Deja de hacer un drama, Rebeca. Esto llevará apenas unos minutos. Están en juego la vida de un bebé y la de su madre. —Empujó la mano de Rebeca hacia su falda, le echó otra mirada furibunda y se frotó la frente—. No eres la única en el mundo, ya lo sabes. —Pablo retomó la conversación que había interrumpido.

En un acceso de ira, Rebeca dio media vuelta y se quedó mirando por la ventanilla, leyendo en voz alta los carteles publicitarios al costado de la carretera.

—*Silver Dollar City* . . . —anunció Rebeca con sarcasmo—. Quizá deberíamos ir allí en lugar del encuentro intensivo, ya que nuestra vida parece girar en torno al dinero. —Inclinándose hacia el teléfono, gritó—: ¡Eh, Monty! ¿Sabías que hay una *famosa* autopista 76? ¡Que bueno . . . ! Mira, Pablo . . . Andy Williams canta en el teatro Moon River, ¿no les encantaría a tus padres?

Pablo estaba lívido. Sostuvo el teléfono lejos, cubrió el micrófono con el pulgar, y amenazó con un susurro: —¿Ya terminaste?

Ella no había terminado. Con toda su energía, le haría saber a Pablo y a cualquiera que la pudiera escuchar, cuán miserable le había hecho él la vida, y no se sentía culpable en lo más mínimo por ponerlo incómodo. —Yacov Smirnoff presenta un espectáculo. ¿Te acuerdas cuando lo vimos en televisión? ¡Ay, madre mía! —simuló aflautando la voz—. ¡Shoji Tabuchi también está en Branson!

—Monty —dijo Pablo casi a gritos—, te llamaré dentro de cinco minutos . . . gracias. Aferró el volante con ambas manos, como si tuviera que sostenerse de él para evitar pegarle a ella.

—Rebeca, ¿*cuál* es tu problema?

—Ah . . . miren quién se interesa finalmente.

—Mira, Rebeca, tengo pacientes a las que estuve controlando casi nueve meses. Te he dicho, no sé cuántas veces, que me siento mal al dejarlas cuando están a punto de dar a luz. No puedo simplemente ignorar el hospital —le echó otra mirada—. ¿Te hubiera gustado que el doctor Jacobson se hubiera ido de la ciudad precisamente antes del nacimiento de Micaela y de Silvia?

—No me vengas con eso. No es el matrimonio del doctor Jacobson el que me preocupa. Estoy preocupada por el nuestro. No puedo imaginarlo trabajando noche y día, y yéndose luego directamente al gimnasio, a navegar, o . . . a la salita de descanso del personal para un rápido encuentro.

Silencio.

—En realidad, tu "héroe", el doctor Jacobson, se ha divorciado.

—No me sorprende —la delicada situación de su propio matrimonio en ruinas se presentó una vez más como algo insuperable—. Ése es el lugar hacia el que vamos.

—Lo que sea —murmuró Pablo mientras dirigía su atención al dial de la radio.

—Vaya, querido, esta vez concediste un minuto completo a la

conversación antes de encerrarte. Creo que ése es un punto a tu favor —Rebeca sabía que estaba llevando a su esposo hasta el límite, pero no le importaba.

—Nunca debí haber aceptado venir a este encuentro —dijo él—. ¿Te ayudarán a admitir la realidad de que estás casada con un médico? Esta discusión es siempre la misma. Quieres todas las ventajas, Rebeca, pero ninguno de los inconvenientes. Estoy harto de esta conversación. Es como si estuviéramos atrapados en un círculo vicioso. Hay un precio que pagar por las cosas que deseamos tener. ¿Por qué crees que trabajo tanto?

—Porque estás dominado.

—Oh, eso sí que es maduro.

Rebeca comenzó a leer nuevamente los carteles de la ruta. Hubo un prolongado silencio antes de que Pablo volviera a hablar.

—La verdadera pregunta es: ¿Volverás a confiar en mí alguna vez?

Ella no tenía respuesta.

—Insistes en crearme problemas por mi trabajo —continuó él—, pero creo que tu falta de voluntad para renunciar a algunos de tus reclamos mezquinos está causando un conflicto enorme.

—¿Te has vuelto loco? —atacó ella—. El "enorme" conflicto en nuestro matrimonio, Pablo, es que eres incapaz de tener los pantalones bien puestos. No soy yo la que está diciendo constantemente: "No sé que quiero. He intentado dejar de verla. Ella es la que insiste en llamarme . . . Estoy muy confundido". Dame un respiro. ¿Y qué de honrar a Dios honrando el compromiso en nuestro matrimonio? ¿Qué te parece si comenzamos por ahí?

—Basta, es suficiente. Estoy harto —contraatacó Pablo—. Estoy convencido, Rebeca: Esto nunca funcionará. Sería mejor volvernos a casa.

En eso sonó de nuevo el celular.

—Hola, doctor Waterman —respondió Pablo—. No, no interrumpe nada importante.

Tomás y Pamela Davis eran la tercera pareja en llegar al encuentro intensivo. Pamela estaba eufórica ante la vista del lugar al que habían llegado. La Casa Bradford, una mansión de estilo victoriano, con el atractivo encanto de los comienzos de siglo y amoblada con el estilo característico de los años '20, se hallaba escondida a un costado del camino Blue Meadows. Estaba rodeada de enormes árboles, arbustos en flor y hermosas flores de primavera. La amplia galería que rodeaba la casa y la doble puerta de entrada eran sencillas. Cuando Tomás entró por el camino hacia el estacionamiento bordeado de robles y arces, a Pamela le pareció que estaban en el campo, a pesar de que la casa estaba cerca de todo lo que ofrecía Branson. Sobriamente escultural, la propiedad le parecía un rincón del paraíso.

Su esposo frunció el ceño.

Aunque era enorme, la Casa Bradford resultaba acogedora, quizás hasta romántica para aquellos cuyo matrimonio no estuviera al borde de la ruina. ¡Qué contraste con su sencillo vecindario en Phoenix! *Todo parece un poco exagerado, pero maravilloso para parejas lastimadas*, pensó Pamela. El césped, aterciopelado y sombreado, estaba enmarcado con canteros de tulipanes, narcisos, jacintos, begonias, rosas y lirios, con brotes grandes y carnosos a punto de abrirse.

Pamela sabía que a Tomás esto no lo impresionaba. Al pastor Tomás Davis semejante frivolidad le parecía un derroche. Era un hombre práctico, y el alojamiento le parecía exagerado. Pamela, con los brazos alrededor de su gruesa cintura, confiaba en que podría dominar la náusea que iba en aumento. "Tomás, me siento mal. Será mejor que espere un momento dentro del vehículo". Sus náuseas estaban más relacionadas con la persona que estaba al volante del automóvil que con el sinuoso camino que subía y bajaba como una montaña rusa. Pamela había estado procurando ocultar su entusiasmo. Estos cuatro días estaban pensados para su beneficio, pero el costo era excesivo. Tomás esperaba que ella mostrara

una mejoría equivalente al sacrificio que él había hecho. A ella le desagradaba sentirse endeudada.

Su esposo todavía estaba molesto por el dinero que había pagado para inscribirse en el encuentro de cuatro días . Él no había elegido hacer esto. Y aunque nunca lo dijo de manera directa, el tono agudo de su voz comunicaba que no la encontraba a ella lo bastante valiosa como para hacer el gasto de intentar que mejorara.

Si yo fuera un vehículo, hace rato que me hubiera vendido, pensó Pamela.

Observó a su esposo mientras bajaba del automóvil dando un portazo y embestía hacia la puerta de entrada del hermoso lugar. Él le había hecho saber que esto le parecía un gasto desmedido de su valioso tiempo y del dinero de Dios. Cuanto antes completaran esta primera parte del asunto, mejor.

Con ansiedad, Pamela sintió que el miedo le atenazaba la garganta. Abrió un poco la ventanilla de su lado para tomar aire fresco. Quizá le había bajado el nivel de azúcar. Se hizo un rápido chequeo para medir el nivel de glucosa en la sangre. El resultado era aceptable. Su ansiedad se debía a algo más profundo que a los síntomas físicos de la diabetes. Su mente y su corazón estaban sufriendo un trauma. ¿Cómo podría recibir ayuda sin sentirse expuesta, si Tomás estaba con ella todo el tiempo? ¿Y si los terapeutas le daban la información necesaria para que su esposo recargara las armas y las usara en su contra cuando volvieran a su casa?

No pasó mucho tiempo antes de que Roberto y Graciela, la pareja en la recepción de la Casa Bradford, salieran con Tomás por la entrada. Estaban allí para recibir personalmente a cada invitado. Se mostraron simpáticos y amables y ayudaron con el equipaje mientras acompañaban a Tomás y Pamela al interior de la casa. Sin embargo, Pamela apenas pudo prestar atención al diálogo. Una vez adentro, sus temores se esfumaron cuando vio el decorado victoriano. Estos cuatro días serían para ella un disfrute, más allá de lo que ocurriera con la consejería. ¡Cómo deseaba explorar! El lugar tenía un delicioso aroma a manzana y canela que le dio deseos de

encontrar la cocina. Sus ojos recorrieron la escalera que cruzaba la entrada de arcos hacia la gran sala. Por el momento, siguió obediente a Roberto y a Graciela hacia el enorme escritorio de caoba. Dejaría la exploración para más adelante.

Roberto mantuvo la conversación animada y preguntó a los nuevos huéspedes cómo se habían conocido. Sin dudar, Tomás respondió con agresivo sarcasmo: "Yo estaba evangelizando a la salida de un club de desnudo". Se rió de su propio chiste y luego insinuó que había estado esperando que su esposa terminara su turno.

Pamela se sentía mortificada, pero Tomás se mostraba indiferente al incómodo silencio que se produjo.

Los anfitriones, levantando las cejas, procuraron disimular el humor enfermizo del marido ocupándose de entregarles las llaves de la habitación y de brindarles detalles acerca de su estadía.

❂ ❂ ❂

Pamela se sintió herida por la respuesta de mal gusto de Tomás a la pregunta de Roberto, pero no quería comenzar un escándalo apenas habían cruzado la puerta de la habitación.

—¿Qué crees que quiso decir Graciela? —preguntó ella.

—No sé de qué estás hablando.

Ella se estaba refiriendo a lo que había dicho Graciela mientras se registraban. Había mencionado que no se olvidaran de leer lo que estaba escrito en el interior del guardarropa. *¿Y por qué Graciela me miró directamente y dijo que eso me daría esperanza? ¡Si tan sólo supiera que estoy muy lejos de la esperanza!*

Tomás había salido de la habitación sin decir cuándo volvería. Pamela se sentó, quieta, apretando los ojos con fuerza, haciendo tratos con Dios. ¿Cómo podría sobrevivir con este hombre?

Sola por fin, Pamela abrió los ojos para admirar su habitación en paz. Estaba maravillada con el hermoso mobiliario de estilo. Su modo de vivir era sencillo, pero amaba las cosas bellas. Sintiéndose

como una reina, se dispuso a acomodar sus pertenencias e instalarse en el lugar. Las palabras de Graciela volvían a su mente. ¿Qué había querido decir su anfitriona?

La habitación estaba amoblada con una majestuosa cómoda que hacía juego con la cama extra grande de madera de cerezo, pero a ella le atrajo el guardarropa que estaba a un costado. Se le aceleró el corazón. Graciela había dicho que leer lo que estaba escrito en el interior le daría esperanza. *Me vendría bien un poco de esperanza.*

Abrió el armario y esperó que sus ojos se adaptaran a la oscuridad del interior. Parecía bastante común: Frío y un poco húmedo. A primera vista no lucía para nada especial. Con todo lo hermoso que era el resto de la casa, parecía que al armario le hubieran faltado las últimas manos de restauración que le habían dado al resto de la casa. Más aún, con una mirada más crítica, el armario parecía gastado y desvencijado por el intenso uso. No se habían ocupado de su mantenimiento. No podía haber esperanza allí. Quizá se le había escapado un detalle en lo que había dicho Graciela.

En un sentido poético, Pamela reconoció cuánto se parecía este viejo armario a su propia vida. Esposa de pastor, cuarenta y cinco años, dos hijos adolescentes y otro de once años. Se sentía marginada, un poco desvencijada y vacía. Especialmente vacía. A lo largo de los años su vida había estado llena de niños, campañas de evangelización y actividades de la iglesia. Se había sentido satisfecha. Nunca podría haber imaginado lo doloroso y confuso que sería criar a hijos adolescentes . . . y la pérdida devastadora cuando las cosas no marchaban bien.

Las tinieblas amenazaban con aplastarla. ¡No! Hoy se mantendría firme. Luchando con sus pensamientos, se dedicó a las tareas en la habitación.

La enorme bañera *jacuzzi* parecía invitarla con insistencia, pero Pamela supuso que primero debía ordenar las cosas. A Tomás le gustaba que todo estuviera en orden, y ella quería que las cosas

anduvieran bien los próximos cuatro días. ¿Acaso ella no valía la inversión?

En primer lugar acomodó los materiales de estudio y la Biblia de Tomás sobre el antiguo escritorio. Luego colocó con cuidado los elementos de higiene personal sobre el mármol de la cómoda, tal como a él le gustaba que estuvieran en su casa. Por un momento Pamela se apoyó sobre sus codos en el mármol frío, miró profundamente sus ojos azules en el espejo, y se permitió imaginar que estaba allí con un amante. Un hombre que había ido a buscar flores para ella, o quizá . . . No tenía a nadie más en mente que a Tomás; sólo que pensar en ese tipo de hombre era maravilloso.

Sacó la prolija pila de ropa de la estropeada valija y la llevó al guardarropa. Abrió el cierre de la funda de vinilo con la ropa que había planchado cuidadosamente en su casa. Le encantaba el aroma de la ropa limpia y recién almidonada. Después de fijarse cuáles tendría que repasar con la plancha, encendió la luz en el guardarropas y comenzó a colgar los pantalones de Tomás y sus impecables camisas. Y en ese momento lo vio.

Sobre la pared posterior, el armario estaba lleno de notas manuscritas. Parecían las páginas de un viejo álbum, llenas de fechas, nombres de parejas y mensajes breves.

Hizo a un lado la ropa y metió su cabeza en el armario. Efectivamente, varias personas habían escrito mensajes especiales sobre la pared. Cuando Pamela leyó el primero, quedó pasmada.

"Recibimos la oportunidad de una nueva vida."
David y Noemí, abril de 2006

Leyó el siguiente.

"Dios sí alcanza la parte más profunda de tu corazón. Nuestro milagro ocurrió, ¡y el tuyo también puede suceder!"
Jaime y Débora, diciembre de 2005

Mensajes que habían dejado para ella personas que habían asistido antes a los encuentros intensivos. Seguramente se habían hospedado en esta misma habitación. El corazón de Pamela comenzó a latir más fuerte a medida que iba leyendo.

"En el sentido emocional, espiritual, mental y físico . . .
puedes conocer el corazón de tu pareja."
Ramón y Jimena, agosto de 2005

Lo que a primera vista parecía un graffiti en realidad resultó un aceite tibio que calmaba su profunda grieta de dolor. A Pamela se le enturbiaron los ojos mientras leía cada mensaje. No tenía idea de quiénes eran, pero percibía un vínculo tangible, un cordón umbilical con su aplastante soledad. Estaba recibiendo, literalmente, cartas de amor garabateadas en un armario. Leyó acerca de la forma en que Dios había devuelto esperanza y sanidad a esos matrimonios. "Una oportunidad para una nueva vida." Eso era lo que ella necesitaba más. *Es imposible que hayan estado en una situación tan deteriorada como la nuestra,* pensó. *¿O sí?*

❂ ❂ ❂

Cuando por fin ella y su esposo Carlos cruzaron el acceso a la casa, Victoria Templeton sintió como si hubiera estado respirando por un delgado tubo. El viaje había sido bueno pero había estado marcado por largos períodos de silencio. Victoria estaba segura de que se amaban sinceramente, pero ya no sabían cómo comunicarlo. Cada uno alimentaba su propia pena; eran como las toallas individuales bordadas "él" y "ella" que habían quedado colgadas en el baño principal de su enorme casa en Dallas. A menos que hicieran algo, se alejarían aún más. Victoria no sabía cuánto más podían alejarse antes de que no hubiera retorno.

Ambos habían estado de acuerdo en asistir al encuentro, pero ahora estaban encerrados en sus propios pensamientos. Victoria

especulaba hasta qué punto se las arreglaría Carlos para estar recluido durante cuatro días con otras tres parejas con problemas. El ambiente tranquilo de la casa, para no mencionar los cuatro días de terapia intensiva, podía ser desalentador.

Una vez que pudo volver a respirar, Victoria se sintió a gusto en el coqueto lugar. Mientras subía la monumental escalera, se detuvo en el balcón y contempló a través de los impresionantes ventanales de siete metros, el espléndido paisaje de las montañas Ozark, azules y difusas a la luz del atardecer. Era glorioso. Volvería más tarde para contemplar con más tiempo el paisaje a través de las ventanas y la enorme chimenea que abarcaba desde el suelo hasta el cieloraso. A pesar del dolor en su corazón, Victoria disfrutaría del hermoso cambio de escenario.

Los esposos se dirigieron cada uno a su habitación, como lo habían pedido. Aunque parecía poco elegante, era mejor de esa manera. Ella sabía que se sentiría motivada durante los próximos días y quería asegurarse de tener su propio espacio para enfrentar sus problemas. Consideraba que podría pensar y orar con más claridad estando sola. Por supuesto, Carlos no coincidía en absoluto.

Era bueno estirarse después de un viaje tan largo. Se ubicó de pie junto a la ventana para hacer sus ejercicios físicos de rutina. En ese momento vio a un águila que remontaba vuelo sobre los árboles contra el pintoresco fondo de las montañas. Estaba segura de que era eso lo que había visto. Estiró el cuello, esperando verla nuevamente. Le hubiera encantado participar de este momento con su esposo o contárselo más tarde, pero sabía que él le apagaría el entusiasmo cuando pusiera en duda la posibilidad de que hubiera tales pájaros en esta región.

Respiró profundamente, se flexionó, se estiró, giró y adoptó posiciones que le daban relajación y firmeza a su cuerpo. Esta era su pasión: *solo, forte, moderato.*

Victoria había comenzado a leer *El ADN de las Relaciones* unas semanas antes y se había sentido cautivada por la sencilla pero profunda metáfora de la danza del miedo. Describía a la perfección su

conflictiva relación con Carlos: Cómo habían perdido la sintonía y poco a poco se habían alejado uno del otro, con la melodía de la vida como fondo. Ella era una bailarina innata y anhelaba sentirse libre para lanzarse a girar, para moverse al ritmo que Dios le había dado . . . y lo hacía, cuando estaba sola. Pero cuando invitaba a su esposo a sumarse, en lugar de ser un hermoso reflejo del amor de Dios en acción, ofrecían una imagen grotesca, tullida y encorvada por el dolor y el rechazo.

Ella y Carlos habían llegado al encuentro intensivo con la expectativa no sólo de aprender qué era lo que paralizaba su relación, sino también con la esperanza de aprender nuevos pasos de libertad. Abrió nuevamente el libro.

Victoria se despertó con frío y adolorida. El enorme colchón de su cama había resultado excesivo para una mujer sola. Cuando encontró sus anteojos y se los puso, la luz del reloj le indicó que eran las once y treinta y ocho de la noche. Sentía hambre y había perdido la cena, pero había tenido la buena idea de traer nueces y frutas secas para tener algún bocado a mano. ¿Estaría preocupado Carlos? Victoria suspiró. Hubiera podido llorar a sus anchas, pero se resistió. Había llorado hasta quedar dormida y la pulsera le había dejado una marca perfecta sobre la mejilla.

La perturbadora pesadilla de bailarines tullidos que había invadido su breve descanso, continuó persiguiéndola ahora que estaba despierta. Su ansiedad había aumentado, no sólo ante la perspectiva de comenzar una sesión de terapia de cuatro días, sino también porque se sentía segura dentro de las paredes protectoras que había construido y no quería que se las derrumbaran. Había aprendido a danzar bien sola. *Señor Jesús, necesito tu paz.*

Buscó su gorro de baño y se dio un baño caliente y prolongado en el *jacuzzi*. Después de algunos minutos en las burbujas tibias y unos momentos para orar, comenzó a sentirse mejor. Sin embargo,

no tenía ganas de soportar más pesadillas. Envuelta en su bata de baño de terciopelo color vino, decidió escribir en su diario durante un rato hasta sentirse relajada y lista para dormir.

Meditó en la forma en que había sido entretejido el ADN original de la humanidad por la mano de Dios, el Señor creador, a fin de que pudiéramos danzar con intimidad y libertad con él y con aquellos a quienes amamos. Abrió su diario y escribió frenéticamente:

El ADN de las Relaciones = Nuestro CÓDIGO para vivir = Fuimos creados para tener intimidad con nosotros mismos, con Dios y con otros.

Nuestro ADN define la estructura de nuestro ser y la forma en que fuimos creados para relacionarnos. Nuestro ADN determina nuestros movimientos a lo largo de la vida, nuestra danza. A pesar de las desilusiones y del dolor que experimentamos por haber nacido en un mundo caído, estamos innegablemente entrelazados para vivir en intimidad, a imagen de nuestro Padre.

Cuando perdemos de vista el ADN de las relaciones, ya no podemos reconocer la hermosa imagen de Dios que se refleja en nosotros, y nuestra danza se vuelve grotesca. Fuimos diseñados para conocer y experimentar su amor perfecto en la relación con nosotros mismos, con otros y con Él. A causa del pecado, hemos aprendido a sobrevivir actuando a partir de la desconfianza y el temor, y nuestra danza se transforma en una renguera dolorosa.